

Veinte historias **extra**



SINGLESTORY

Collating digital narratives to raise awareness
of the rich cultural heritage of African Nations

1. El hombre que nunca mintió

Érase una vez un hombre muy sabio llamado Mamad. Este hombre era diferente a los demás, Mamad nunca había mentido. Todas las personas de la tierra, incluso aquellas que vivían a veinte días de distancia, sabían de él. Era admirado y venerado por todos

Un buen día, el rey de un lejano reino africano se enteró de la existencia de Mamad y ordenó a sus súbditos que lo llevaran al palacio. El hombre sabió entro al gran salón de palacio y se presentó ante el rey, quien le preguntó:

- Mamad, ¿es verdad que nunca has mentido?

- Sí, lo que cuentan es verdad, nunca he mentido.

- No doy crédito, ¿y nunca mentirás en tu vida?"

- Estoy completamente seguro de que nunca contaré una mentira, respondió sin dudarle Mamad.

- Está bien, es posible que digas la verdad, ¡pero ten cuidado! La mentira es astuta y te llega a la lengua fácilmente, sentenció el rey no muy convencido de que Mamad no dijera una mentira en toda su vida.

Pasaron varios días y el rey volvió a llamar a Mamad. Cuando llegó, el rey estaba a punto de ir a cazar y sostenía a su caballo por la melena, su pie izquierdo ya estaba en el estribo pero, antes de montar miró a Mamad y le ordenó:

- Ve a mi palacio de verano y dile a la reina que estaré con ella para almorzar. Dile que prepare una gran fiesta. Entonces almorzarás con nosotros.

Mamad se inclinó y fue a ver a la reina para transmitirle el mensaje del rey, pero éste que era astuto y le gustaba poner a prueba a las personas, se rió y dijo al resto de súbditos que le acompañaban:

- No iremos a cazar, así Mamad irá a la reina y le contará un cuento, será su primera mentira- dijo dando grandes risotadas, mañana nos reiremos mucho de él cuando se dé cuenta que no dijo la verdad.

Pero el sabio Mamad, que era mucho más astuto que el rey fue al palacio y dijo:

- Tal vez deberías preparar una gran fiesta para el almuerzo de mañana, y tal vez no deberías. Tal vez el rey vendrá al mediodía, y tal vez no lo hará.

- Dime, ¿vendrá o no? - preguntó la reina contrariada.

- No sé si el rey puso su pie derecho en el otro estribo cuando me fui o bajó al suelo su pie izquierdo y descabalgó, contestó satisfecho Mamad.

Al día siguiente, todos esperaban al rey. Cuanto entró al salón donde estaba la reina, le dijo orgulloso de haber sido el hombre que lograra hacer mentir al sabio Mamad:

- Mi reina, el sabio Mamad, ese hombre que nunca miente, te mintió ayer.

Pero la reina le dijo, palabra por palabra, lo que Mamad le había dicho. En ese momento, el rey se dio cuenta de que era cierto, aquel hombre tan sabio y conocido en todos los rincones nunca mentía.

- Mamad solo dice lo que ve con sus propios ojos, dijo muy pensativo.

2. La tortuga y el leopardo

La tortuga iba caminando despacio por el bosque, tan despacio iba que daba un pasito a la izquierda, y siete años después daba otro pasito a la derecha. A pesar de ir tan despacio, un día la tortuga cayó en un agujero y dijo:

-“Esto me pasa por ir tan deprisa. ¿Dónde he caído yo? Acabo de caer en un agujero, es decir una trampa. Me han puesto una trampa. Tengo que salir de aquí”.

Cuando la tortuga buscaba la manera de salir del agujero, de repente cayó dentro un leopardo. Y la tortuga dijo:

-“Por lo menos ya somos dos”.

Después, ella se quedó pensativa, y se acercó al leopardo y le dijo:

-“Tú leopardo, ¿qué haces en mi casa? ¿Tú no sabes que este agujero es mi casa? ¡Has entrado en mi casa sin permiso! ¡Fuera de mi casa! ¡Vete ahora mismo!”

El leopardo pensó:

“Yo soy el leopardo, soy más grande, y soy más fuerte. No puedo permitir que una simple tortuga me amenace”.

Y furioso, el leopardo se lanzó sobre la tortuga, la levantó y la lanzó fuera del agujero. La tortuga siguió caminando despacito como siempre.

3. La tortuga y la sabiduría del mundo

Un día, la tortuga Ijapa se decidió a asegurarse de que era la criatura más sabia de todo el universo. No quería que ninguna otra criatura desafiara su sabiduría, por lo que decidió reunir todo el conocimiento del mundo para sí misma. Así, recorrió todo el planeta recogiendo toda la sabiduría en una calabaza que colgó alrededor de su cuello.

Cuando estuvo satisfecha de haber terminado, decidió esconder la calabaza donde nadie tendría acceso a ella, ya que le preocupaba que alguien pudiera robarle su sabiduría y la metió en una palmera muy alta. Para llegar a la cima, colgó la calabaza en su cuello y se ató una cuerda a su alrededor y al árbol para arrastrarse. Pero la calabaza estaba entre él y el tronco del árbol, lo que dificultaba la escalada. Avanzaba un poco y se deslizaba hacia abajo.

Mientras tanto, un caracol que pasaba se había detenido a mirar la tortuga. Después de ver a la tortuga deslizarse por el árbol una vez más, el caracol sugirió

- ¿Por qué no pones la calabaza detrás de ti en lugar de colgarla delante?

La tortuga lo intentó y se subió fácilmente a la copa del árbol. Entonces se dio cuenta de lo inútil que era su esfuerzo. Había reunido toda la sabiduría del mundo, pero el caracol había demostrado ser más sabio que él. Tiró la calabaza al suelo, donde se rompió en varios pedazos, permitiendo que toda la sabiduría en él escapara al mundo.

Desde ese día, hay un dicho africano que dice: "la tortuga es sabia pero el caracol es más sabio".

4. La tortuga y la princesa muda

Había un rey que tenía una hija llamada Bola, una princesa que jamás había dicho una palabra y el rey estaba muy angustiado. Había hecho todo lo posible para hacer que Bola hablara: hechizos, encantamientos y pócimas, pero nada funcionaba. Así, el rey prometió que aquel que lograra hacer hablar a su hija se convertiría en su esposo y príncipe del reino.

Una tortuga se enteró de esta recompensa y se dispuso a obtenerla. Compró una botella de miel y la colocó junto a un arbusto cerca de donde vivía Bola y se escondió. Cuando Bola llegó y vio la botella de miel, metió la mano.

- ¡Ladrona!,- gritó la tortuga saltando sobre Bola. ¿Entonces eres tú quien roba mi miel y se la come?

- ¿Yo? se defendió Bola. ¿Te he robado tu miel para comer? ¿Yo?

Tortuga luego ató a Bola para que no escapara y comenzó a llevarla de regreso al palacio cantando.

Bola robó miel para comer a

Kayin, Kayin

Bola es una astuta tramposa

Kayin, Kayin

Bola es una ladrona descarada

Kayin, Kayin

A esto, Bola cantó en respuesta:

En el bosque del elefante fui con el elefante

Kayin, Kayin

En el bosque del búfalo fui con el búfalo

Kayin, Kayin

y Tortuga ha venido a acusarme de robar miel para comer

Kayin, Kayin

Cuando llegaron al palacio, el rey y todos los que estaban reunidos se sorprendieron al escuchar a Bola cantar.

- ¡Mi hija, a quien nunca se ha escuchado hablar, habla por fin! gritó el rey.

Como había prometido, le dio la mitad de su reino a Tortuga y la astuta tortuga se casó con la hija del rey.

Moraleja: la astucia puede contra la testarudez de las personas

5. Por qué el murciélago vuela de noche

Una rata de monte llamada Oyot era gran amiga de Emiong, un murciélago. Les encantaba pasar el tiempo juntos, comían juntos, paseaban juntos, hablaban...

Sin embargo, el murciélago escondía un oscuro secreto: estaba celoso de la rata del monte y buscaba el momento oportuno para causarle un mal.

Un buen día, cuando el murciélago cocinaba la comida del día, que siempre era muy buena, la rata de monte le dijo:

- Emiog, ¿Cómo es que cuando haces la sopa es tan sabrosa?

- Tengo un truco amigo Oyot, siempre me hiervo en el agua de la sopa y, mi carne es tan dulce que la sopa sale más sabrosa. Te enseñaré cómo lo hago, dijo el murciélago.

Y así, el murciélago consiguió una olla con agua tibia, le mintió a la rata de monte diciéndole que en ella había agua hirviendo, saltó dentro y después salió de nuevo como si nada.

Cuando sirvió la sopa, estaba tan rica y sabrosa como cuando el murciélago la había preparado otros días, con sus propias especias y no con su carne.

La rata de monte se fue a su casa pensando por el camino que también quería hacer una sopa tan espectacular como la del murciélago.

- Querida, tengo la receta de la mejor sopa del mundo, pon agua a hervir, le dijo a su esposa.

Cuando el agua comenzó a burbujear saltó a la olla y en unos segundos, murió.

Cuando su esposa miró dentro de la olla y vio a su esposo hervido entró en cólera ya que imaginó lo que había podido pasar. Decidió ir ante el rey para protestar de la maldad del murciélago y sus terribles celos, a causa de los cuales, su marido había muerto.

El rey, que no daba crédito al terrible acto del murciélago, dio órdenes para que fuera hecho prisionero.

Todos los animales del reino salieron en busca del malvado murciélago, pero como no solo era malvado, sino astuto y esperaba que hubiera problemas, éste se había ido volando hacia el monte y se había escondido.

Durante todo el día, la gente trataba de atraparlo, y por la noche, descansaban. Así fue como el murciélago tuvo que cambiar sus hábitos, y solo salió a alimentarse cuando estaba oscuro, mientras que dormía de día.

Y, desde entonces, nunca más se ha visto a un murciélago por el día. El murciélago malvado y todos los que nacieron después que él, salen por la noche para no ser vistos por el resto de animales.

6. Por qué el sol y la luna viven en el cielo

Hace muchos, muchos años, el sol y el agua eran grandes amigos, y ambos vivían juntos en la tierra. El sol solía visitar a su amiga, el agua, muy a menudo, pero el agua nunca devolvía las visitas.

Un día, el sol le preguntó al agua:

- Querida agua, ¿por qué yo estoy ansioso siempre por ir a verte pero tú nunca vienes a visitarme?

- Verás, mi amigo sol, no es que no desee estar contigo, pero tu casa no es lo suficientemente grande como para alojarme. Si llego con todo lo que habita en mi interior, tendrías que irte de tu casa, respondió el agua.

- Si quieres que te visite, continuó diciendo el agua, tendrás que construir una casa muy muy, muy grande. Pero te advierto que tendrá que ser gigantesca, ya que todos los seres que viven en mí son numerosos y ocupan mucho espacio.

El sol prometió construir una casa muy grande para que el agua pudiera devolverle la visita, y poco después, regresó con su esposa, la luna, quien lo saludó con una amplia sonrisa.

El sol le contó a la luna lo que le había prometido al agua, y al día siguiente, comenzaron a construir una casa grande para entretener al agua y a toda su gente.

Cuando la hubieron terminado, el sol le pidió al agua que lo visitara.

Cuando llegó el agua cerca del sol, uno de los habitantes del agua se acercó aun más para hablar con él.

- Señor sol, dijo el habitante del agua, ¿estás seguro de que quieres que entre el agua en tu casa?

- ¡Por supuesto!, dijo el sol, dile a mi amigo que entre.

El agua comenzó a fluir y a inundar la casa del sol, seguida por los peces y todos los demás animales y fauna acuática.

Muy pronto, el agua comenzó a llenar la casa, estaba casi por la mitad de la casa del sol, por lo que el agua le preguntó al sol si todavía era segura, y el sol volvió a decir:

- Sí, podéis seguir entrando todos a mi casa.

Cuando el agua estaba al nivel de la cabeza de un hombre, el agua le dijo al sol:

- Tu casa está casi llena de agua y todavía quedamos muchos fuera, ¿seguimos entrando?

- Sí, respondió el sol, podéis pasar todos.

Entraron más y más animales del agua, hasta que el sol y la luna tuvieron que sentarse sobre el techo de su casa.

El agua una vez más le preguntó al sol si todavía podían seguir entrando. El sol y la luna respondieron afirmativamente, así que cada vez peces, plantas, agua y más peces, más plantas y más agua entraron en la casa.

El agua pronto se desbordó por la parte superior del techo, y el sol y su esposa la luna, se vieron obligados a subir al cielo para dejar que el agua tuviera todo el espacio en aquella gran casa.

... y así, el sol y la luna, viven en el cielo desde entonces, donde contemplan a su amiga agua cada día y cada noche.

7. Por qué las moscas molestan a las vacas

Adiaha Umo era la Reina de Calabar, una región al este de Nigeria. Era una mujer muy rica y poseía muchos bienes, pero también era hospitalaria y solía dar grandes fiestas a las que invitaba a todos los animales domésticos, aunque nunca invitaba a las bestias salvajes, ya que les tenía miedo.

En una fiesta que ofreció había tres mesas grandes, y le dijo a la vaca que se sentara a la cabecera de la mesa, ya que era el animal más grande presente y además era tan generosa que podía repartir la comida entre los demás animales.

La vaca estaba orgullosa, por supuesto que podía repartirla entre los demás animales y así hizo. Mientras salían los platos, la vaca iba sirviendo a cada uno su parte pero, olvidó a la mosca, un animal tan pequeño que no lo consideró a la hora del reparto.

Cuando la mosca vio esto, llamó a la vaca para pedirle su parte de comida, pero la vaca dijo:

- Cállate, mi amigo, debes tener paciencia.

Cuando llegó el segundo plato, la vaca volvió a repartir la comida entre todos los animales y volvió a olvidar servir a la mosca.

- Señora vaca, falta mi parte de comida, protestó la mosca.

Pero la vaca, molesta por la insistencia de tan insignificante animal, simplemente señaló su ojo y dijo:

- Mírame a los ojos, espera y luego obtendrás tu comida.

Por fin todos los platos estaban terminados, todos los animales se habían dado un festín. Bueno, todos menos la mosca, porque la vaca finalmente no le dio ni una migaja para comer. La mosca se marchó sin cenar y muy enfadada.

Al día siguiente, la mosca se quejó de la conducta de la vaca ante la reina, quien decidió que, ya que la vaca había presidido la fiesta y no le había dado su parte a la mosca, sino que le había señalado a su ojo, para el futuro la mosca siempre podría obtener su comida de los ojos de la vaca donde quiera que fuera.

Y así hacen las moscas desde entonces, incluso en la actualidad. Donde quiera que estén las vacas, las moscas siempre se pueden ver alimentándose de sus ojos de acuerdo con las órdenes de la reina.

8. Por qué el conejo tiene los ojos rojos y saltones

El conejo y la serpiente eran amigos, y un día el conejo le dijo a la serpiente:

–"Oye, amigo, vamos a hacer un juego para ver quién gana".

–"Está bien, ¿y cómo es el juego?"

–"Vamos a mirarnos uno al otro sin cerrar los ojos. Quien cierre los ojos pierde".

–"De acuerdo, juguemos".

La serpiente y el conejo se pusieron el uno enfrente del otro y comenzaron a mirarse fijamente. La serpiente, cansada de tanto mirar y mirar, se quitó la piel y se fue.

El conejo, como veía la piel de la serpiente, pensaba que la serpiente seguía ahí, así que siguió mirando y mirando, y tanto miró que se le pusieron los ojos rojos y se le salieron de las órbitas, y es por eso por lo que el conejo tiene los ojos rojos y saltones, y no los cierra ni para dormir. No vaya a ser que le gane la serpiente.

9. El ave que hechizaba con su canto

Hace mucho tiempo, y esto lo cuentan los más ancianos del lugar, llegó a un poblado de Tanzania rodeado por montañas, un extraño pájaro. Era muy grande y comenzó a arrasar con el campo y el ganado: se comía todo lo que los hombres sembraban y a veces se llevaba con sus enormes garras algún que otro animal.

Los hombres pronto comenzaron a pasar penalidades. No tenían suficiente alimento del campo para comer y su ganado se vio mermado con rapidez.

– ¡Tenemos que hacer algo! - dijeron los aldeanos al jefe de la tribu- Si no acabamos con ese terrible pájaro, moriremos todos de hambre...

– Cierto- dijo el jefe de la tribu- Pero tengo una idea: me he fijado que el pájaro vive en un altísimo árbol al pie de una ladera. Mandaré a los más ancianos con sus hachas para que lo talen. Así el pájaro se tendrá que ir de aquí.

Y así, los ancianos obedecieron la orden del jefe de la tribu y se dirigieron una mañana hacia el árbol donde descansaba el pájaro. Pero en cuanto comenzaron a golpear el tronco con sus hachas, el pájaro se elevó por encima de la copa y comenzó a cantar una dulce y extraña melodía. Cantaba sobre el pasado y aquello que los ancianos añoraban.

Compungidos, hechizados por su canto, dejaron sus hachas y le observaron. Después, volvieron a la aldea para hablar con el jefe:

– No podemos talar el árbol. Ese pájaro puede que no sea tan horrible...

– ¡Oh! ¿Qué decís? ¿Os ha hechizado? Tendré que mandar a los jóvenes para que lo hagan.

Y los más jóvenes y corpulentos de la aldea fueron al día siguiente con sus hachas para talar el árbol del pájaro. Pero en cuanto comenzaron a talar, el pájaro volvió a elevarse por encima de la copa y a cantar con su dulce y mágica voz. Cantaba sobre el futuro y las grandes gestas que conseguirían todos ellos.

Los jóvenes, embriagados por la melodía y la letra de esa canción, dejaron las hachas y se sentaron a admirar y a escuchar al pájaro. Después regresaron cabizbajos para hablar con el jefe:

– No pensamos que ese pájaro sea tan malo en realidad...

– ¿Pero cómo podéis decir eso? ¡Nos está dejando sin alimento! ¿A vosotros también os hechizó? Pues solo me quedan los niños. Iré yo mismo con ellos para terminar la tarea...

Y al día siguiente, el jefe de la tribu llevó a los niños hasta el árbol del pájaro.

– Escuchad bien: debemos talar el árbol porque el pájaro que vive en él nos está dejando sin comida. Si no se va, nos moriremos de hambre. Y no queremos eso, ¿verdad?

– ¡No! - gritaron los niños muy seguros.

– Entonces, ¡talemos el árbol!

Y los niños, con sus menudas manos y sus escasas fuerzas, comenzaron a golpear con sus hachas el tronco del árbol. El pájaro ascendió de nuevo por encima de la copa y comenzó a cantar... cantaba sobre el pasado, pero los niños seguían golpeando el tronco. Después cantó sobre el futuro, pero los niños no paraban ni miraban al pájaro. Tenían sus ojos fijos en el tronco. Y al final, después de un duro esfuerzo, consiguieron derribar el árbol.

El pájaro dio un grito y salió volando. El jefe de la tribu, muy agradecido, les dijo: “Ya sabía que podía contar con vosotros. Sois los únicos capaces de distinguir la verdad de la mentira. A partir de ahora os tendremos en cuenta en todas las gestas importantes en la aldea”.

10. El mensaje

Cuentan que hace mucho, la luna le encargó una misión a la garrapata:

– Debes llevar un mensaje muy importante a los hombres- le dijo- Me he fijado en que ellos lloran y sufren por la muerte de otros. Quiero que sepan que no deben sufrir porque al igual que yo muero cada día y vuelvo a aparecer, ellos también seguirán viviendo.

– ¿Y qué debo decirles exactamente?- preguntó entonces la garrapata.

– Lleva hasta el poblado este mensaje: ‘Al igual que yo, la luna, muero cada día, y vuelvo a nacer por las noches, ellos morirán y seguirán viviendo’.

La garrapata entendió que era un mensaje importante, y pensó en llevarlo hasta los hombres lo más rápido posible.

Pero la garrapata era muy perezosa, así que buscó una cabra para poder viajar sobre ella. Parecía un buen plan... Sin embargo, la garrapata era un poco corta de vista, y al primer animal que se subió, pensando que era una cabra, resultó ser un cuervo, que no tardó en elevarse para disgusto de la garrapata.

– ¡Oh, no! ¡Detente, cuervo! ¡Necesito llevar un mensaje a los hombres y estás alejándote del poblado!

Pero el cuervo no oyó nada, y siguió volando hasta un árbol bien lejano.

Esa noche, la luna salió muy contenta, pensando que los hombres estarían celebrando una fiesta de alegría ante el mensaje recibido. Pero solo vio fuegos casi apagados y escuchó algún lamento ante alguna otra persona que estaba enferma.

– Eso es que la garrapata aún no les dio el mensaje... – pensó la luna.

La garrapata, por su parte, estaba buscando algún animal donde poder viajar hasta el poblado, pues ya hemos dicho que era bastante vaga. Y de nuevo su mala vista le jugó otra mala pasada. Pensando de nuevo que se subía a una cabra, se plantó en el lomo de un antílope.

El animal comenzó a galopar y la garrapata se dio cuenta de que no era quien ella pensaba:

– ¡Detente, antílope! Pensé que eras una cabra... ¡Necesito que te pares o me alejaré mucho más del poblado!

Pero el antílope no le oyó y la garrapata terminó muy lejos de la aldea del hombre. Esa noche, la luna volvió a salir esperanzada, pero de nuevo escuchó lamentos y pensó:

– ¡Aún no entregó mi mensaje la garrapata!

Al día siguiente, la garrapata buscó desesperada a su alrededor y de pronto se encontró con una liebre:

– Oye, liebre, ¿tú podrías ayudarme?

La garrapata le contó todo lo que le había pasado.

– ¿Y cuál es el mensaje que debes entregar?- preguntó la liebre, que era muy curiosa.

– ‘Que igual que muero yo y luego vuelvo a vivir, así viviréis vosotros también’.

La liebre, que era bastante vanidosa, de pronto pensó que si llevaba el mensaje, la luna estaría tan agradecida con ella que la colmaría de regalos. Porque además de curiosa, era muy fantasiosa y bastante ambiciosa. Así que dijo a la garrapata que se subiera y comenzó a correr a toda velocidad hacia el poblado. Pero corría tan alocada, que la pobre garrapata salió disparada por los aires y la liebre llegó sola hasta el poblado.

Cuando dijo que tenía un mensaje importante de la luna, todas las personas salieron de sus casas para escuchar. Pero la liebre estaba tan nerviosa que había olvidado el mensaje exacto, y empezó a liarse:

– Que si la luna muere... que nosotros morimos... ¡Ya lo tengo! Dijo lo siguiente: ‘que igual que yo moriré y permaneceré muerta, así vosotros moriréis también’.

Los hombres comenzaron a lamentarse y decidieron abandonar aquella aldea, muertos de miedo.

Esa noche, la luna vio que el poblado estaba vacío. Y que había una liebre junto a una hoguera apagada.

– Dime liebre, ¿qué pasó? ¿Por qué se fueron los hombres?

– No lo sé, luna, yo solo les di tu mensaje...

– ¿Y cuál era, di?

Al escuchar lo que la liebre les dijo a los hombres, la luna se enfadó tanto, que no pudo reprimir su furia y golpeó a la liebre con una de las maderas que quedaban en la hoguera. La liebre, al caer sobre la hoguera, a su vez, salpicó de ceniza a la luna. Desde entonces, las liebres tienen el paladar hundido y la luna tiene pequeñas manchas oscuras.

11. Por qué los gatos viven con las personas

Resulta que hace mucho tiempo, los gatos eran animales salvajes y vivían en la selva junto al resto de animales.

Una gata, que vivía en unos matorrales, se cansó de estar sola y decidió buscar al animal más poderoso de la selva para vivir con él.

Primero conoció a un gato que parecía muy fuerte y listo, y vivió con él un tiempo, hasta que un día, el gato fue atacado por un leopardo y el pobre no pudo con él.

– Vaya- dijo la gata- Tú sí que eres poderoso. Me iré a vivir contigo.

La gata vivió con el leopardo y fue muy feliz, hasta que un día, el leopardo fue sorprendido por un león que acechaba escondido tras un árbol. Y... ¡zas!, acabó de un salto con él. La gata entonces dijo:

– Tú sí que eres poderoso, león. Contigo debo vivir.

Así fue cómo la gata se fue a vivir con el león. Y fue feliz durante un tiempo, hasta que un día, que paseaban por la Sabana, el león fue aplastado de un pisotón por un enorme elefante.

– ¡Oh!- dijo asombrada la gata- ¡Sin duda tú eres el animal más poderoso!

Y la gata se fue a vivir con el elefante. Se lo pasaba muy bien jugando con él, y cuando estaba cansada, se acurrucaba entre sus enormes orejas.

Pero un día, la gata paseaba junto al elefante por la selva cuando el enorme animal cayó desplomado al suelo tras escucharse una detonación muy fuerte. La gata miró a su alrededor y vio a un pequeño humano con una escopeta en la mano.

– Ahora sí estoy segura... este es sin duda el animal más poderoso de la selva.

La gata se fue a vivir con el hombre y se acomodó en el tejado de su choza. Allí vivió el resto de sus días y fue muy feliz.

Desde entonces todos los gatos viven con los humanos.

12. Anansi y la pitón

Cuenta una antigua leyenda de Ghana, que hace mucho tiempo habitaba en un pequeño poblado africano una larguísima pitón que tenía atemorizado a todo el pueblo.

La serpiente se comía todo el ganado y las personas de aquella zona temían quedarse sin alimento. Pero la pitón era poderosa y muy grande, y nadie se atrevía a hacer nada.

Desesperados, los habitantes de aquel lugar pidieron ayuda al Dios del cielo, quien les dijo:

– Lo siento mucho, de veras, pero no puedo ayudaros, porque la serpiente pitón también es una criatura creada por mi, y no puedo matarla. Pero sé de alguien que tal vez pueda ayudaros: Anansi.

– ¿Anansi?- repitieron ellos.

– Sí, es un vecino vuestro al que le encanta presumir de su gran inteligencia. Si consigue demostrar que es cierto y es tan sabio como dice ser, le premiaré. De lo contrario, castigaré su soberbia.

Los aldeanos le hicieron caso y fueron a ver a Anansi, que vivía en un pueblo cercano.

– ¿Una enorme serpiente, decís?- preguntó interesado Anansi- ¿Y de verdad os manda el Dios del cielo? ¡Es un gran honor poder demostrar lo listo que soy! De acuerdo, acepto el reto de ayudaros. ¿Qué tamaño tiene esa serpiente pitón?

– ¡Es más larga que tu casa!- contestó uno de los hombres.

– ¿Que su casa? No, no... ¡más larga que tu casa y el patio juntos!- añadió otro.

– No tenéis ni idea- aclaró una mujer- La pitón es más larga que tu casa y la casa de al lado juntas.

– Vaya- dijo al fin Anansi- Pues sí que es larga la serpiente... No os preocupéis, que encontraré la forma de deshacerme de ella. Es más, tengo una idea... necesito que me traigáis tres cosas: un plato con puré de ñame, un cuenco con aceite de palma y una cesta de huevos.

Los aldeanos se miraron extrañados, pero asintieron conformes, y al día siguiente, le entregaron lo que había pedido.

«Necesito que me traigáis tres cosas: un plato con puré de ñame, un cuenco con aceite de palma y una cesta de huevos».

– Ahora- dijo Anansi- necesito que me dejéis solo con la serpiente, porque debo hacer esto en soledad.

Los aldeanos le miraron preocupados. ¿Cómo iba a atrapar a la inmensa serpiente él solo? Temían por su vida, pero aún así, le hicieron caso y se alejaron, convencidos de que al volver le encontrarían muerto, devorado por la enorme pitón.

– Bien- se dijo para sí Anansi- Ahora que estoy solo, podré llevar a cabo mi plan. Y diciendo esto, cortó un enorme tronco y lo llevó, junto al resto de cosas que le habían traído los aldeanos, hasta el lugar en donde la pitón tenía su madriguera. Allí en la orilla dejó tumbado el larguísimo tronco y la cesta con huevos, el cuenco con aceite y el puré de ñame.

Una vez allí, y ya preparado, y al escuchar a la serpiente acercarse por el agua, comenzó a hablar consigo mismo, poniendo dos voces diferentes, como si hablara con otra persona:

– Sí, sí, es una serpiente realmente increíble.. ¡la más grande del mundo!

– ¡No me lo creo! – se respondió a él mismo con voz mucho más ronca para que pareciera otra persona- ¡Es tendrás que demostrarlo! Son tonterías que se inventa la gente de por aquí.

– Te digo que es verdad- continuó Anansi con su voz normal- Es tan grande, que podría comerse un rebaño de ovejas de un solo bocado. Si la gente fuera tan lista como yo, le traería obsequios como los que le he traído.

– Me estás tomando el pelo- dijo entonces con la voz ronca- Eso es imposible. Ninguna serpiente es tan poderosa.

Entonces la serpiente oyó un ruido de forcejeo y golpes, y a Anansi que decía:

– ¡Largo de aquí, no te metas con la gran pitón! Si fueras más inteligente, tú también le traerías puré de ñame, aceite de palma y huevos...

La serpiente, al escuchar el nombre de sus comidas favoritas, salió del agua, miró a Anansi (quien tuvo que disimular el terrible miedo que sintió ante el peligro al que se exponía) y devoró los alimentos que le había traído el joven.

– Gracias por los alimentos y por defenderme- siseó entonces la serpiente.

– No hay de qué. Intentaba demostrar a un incrédulo lo larguísima que eres. Eres la pitón más larga de todo el mundo. Solo necesito demostrarlo, y todos te adorarán y traerán manjares como estos a diario...

– ¿En serio?- dijo sorprendida la pitón- ¿Y qué debo hacer para demostrar que soy la más larga del mundo?

– Es muy fácil- dijo entonces Anansi- ¿Ves este tronco? Puedo medirte con él. Solo necesito que te tumbes encima.

– ¡Qué sencillo! ¡De acuerdo!- dijo la serpiente, cegada por el ansia de fama.

La pitón se tendió a lo largo del tronco y Anansi al tenerla allí, comenzó a atarla con disimulo...

– Te sujetaré un poco para asegurarnos de que estén bien extendida- le dijo.

Cuando Anansi terminó de atarla, la serpiente se dio cuenta de que estaba atrapada, pero ya era demasiado tarde.

– ¡Desátame ahora mismo!- gritó la serpiente.

– No puedo, amiga... es cierto que eres la pitón más larga, y no te quieren por aquí.

En ese momento, los aldeanos llegaron y al ver a la pitón atada al tronco, no pudieron disimular su sorpresa.

– ¿Cómo lo lograste?- preguntaron muertos de curiosidad.

– ¡Solo con unas cuantas palabras!- contestó Anansi.

Los aldeanos se llevaron a la pitón muy lejos de allí, en un lugar desde el cual no pudiera volver más. Y el Dios del cielo se vio obligado a premiar a Anansi, quien había demostrado una vez más ser muy listo.

El Dios del cielo le lanzó un tarro de sabiduría, con tan mala suerte que le cayó encima, dejándole más achatado y con la cintura muy estrecha. Por eso en las tribus africanas se representa a Anansi bajito y a veces, como una araña.

13. Por qué los perros viven con las personas

Cuenta una leyenda muy antigua de Benín que hace mucho, pero que mucho tiempo, vivía en este lugar el rey de los animales. El rey era amable y bondadoso y los animales que vivían allí, le adoraban. Todo se desarrollaba con armonía, hasta que un día, la reina enfermó.

El rey de los animales mandó llamar a todos los médicos y curanderos del país, pero ninguno conseguía averiguar qué le ocurría a su mujer ni cómo ayudarla para que sanara.

Desesperado, el rey mandó llamar a todos los animales, por si alguno podía encontrar un remedio para la enfermedad de la reina.

El elefante, que había conocido muchos lugares del continente, dijo al fin:

– Conozco unas hojas que pueden curar a la reina, pero están muy lejos de aquí y necesitamos a alguien inteligente y rápido para que llegue a tiempo. Yo tardaría mucho en llegar hasta allí, majestad- dijo el elefante.

– Necesitamos entonces a un animal veloz, inteligente y fiel, en quien podamos confiar... – dijo pensativo el rey de los animales- Serás tú- dijo el rey señalando al perro.

El perro se sintió muy halagado en ser el elegido para esa importante tarea.

– ¡Qué gran honor! ¡Estoy muy contento con poder demostrar mi valía y mi fidelidad a ti- dijo entonces.

El perro partió a toda velocidad al lugar que le había indicado el elefante. Pero después de estar corriendo durante todo un día, el perro comenzó a sentirse muy cansado y hambriento. Entonces, se encontró con un plato con succulenta comida al borde del camino, y a pesar de las dudas, terminó comiéndose todo. Después le entró tanto sueño que se echó a dormir junto a un árbol.

Mientras tanto, el rey seguía esperando las hojas que curarían a la reina. Estaba preocupado, porque el perro tardaba y ella empeoraba. Así que decidió mandar al mono en busca del perro. El animal siguió sus huellas y le encontró dormido bajo un árbol:

– ¡Perro, perro! ¿Qué haces durmiendo? ¡La reina necesita con urgencia las hojas!

El mono agarró las hojas y regresó corriendo mientras que el perro, avergonzado por no haber cumplido su tarea, decidió que no podía regresar a la selva con el resto de animales. Así que comenzó a vagar en solitario por la Sabana hasta que se encontró con un cazador que le apuntaba con un fusil.

– ¡Por favor, no me mates!- dijo el perro- Si me perdonas la vida, te prometo que te seguiré a todas partes, cuidaré tu casa y te seré siempre fiel.

El hombre aceptó la oferta y así fue cómo el perro se convirtió en el compañero más fiel del hombre.

14. El lago de las aguas heladas

Había una vez un rey africano, ya mayor, que decidió ceder su trono para descansar. Se llamaba Bakary, y había gobernado con mucha rectitud y justicia. Un día anunció su decisión:

– Me hago mayor- dijo Bakary- y necesito descansar. He pensado en ceder el trono, pero solo gobernará el más fuerte y valiente de todos vosotros. El aspirante a rey solo tendrá que superar una prueba: resistir durante una noche entera en las aguas gélidas del lago.

Todos se asustaron al escuchar aquello. Las aguas del lago estaban congeladas, y por la noche, se acercaban a beber todas las fieras del lugar ¿Quién iba a querer pasar allí dentro una noche entera?

Pero entonces, un chico muy joven levantó la mano decidido:

– ¡Yo lo haré!- dijo muy seguro el joven.

– ¿Cómo te llamas, muchacho? – preguntó intrigado el rey Bakary- Pareces muy joven...

– Me llamo Dembo– contestó el joven- Y sí, soy joven, pero deseo gobernar este país tan bien como lo ha hecho su majestad.

– Bien- respondió el monarca- Esta misma noche dos soldados te acompañarán para comprobar que cumples el requisito sin hacer trampas.

Esa misma noche, Dembo se dirigió al lago de las aguas heladas escoltado por dos soldados del monarca. Al principio, Dembo se quedó totalmente helado. El frío se acumulaba y no podía dejar de tiritar. Pensó que no podría resistir toda la noche, pero entonces vio a lo lejos el fuego de una hoguera, un fuego que su madre había encendido en lo alto de una colina para que sintiera cerca el calor de su cariño.

Dembo se sintió arropado por la confianza y el cariño de su madre, y aunque el calor de la hoguera estaba demasiado lejos, sintió que podía resistir al frío de las aguas. Su madre confiaba en él.

Entonces comenzaron a llegar animales terribles hasta el lago: leones, hienas y hasta un rinoceronte. Dembo tembló de miedo, pero cada vez que sentía ganas de salir del lago y abandonar su empeño, miraba la hoguera, y permanecía quieto en el lago.

Y así, llegó el amanecer, y los soldados volvieron con Dembo hasta el palacio del rey para explicar al monarca lo que había sucedido.

Allí, en el palacio, también esperaba la madre de Dembo, que le abrazó y cubrió con una manta nada más verlo.

– Dembo- dijo el monarca– Los soldados me han dicho que pasaste la noche entera en el lago, pero que en lo alto de la colina había una hoguera encendida. Tal vez la hoguera hizo que sintieras calor. Quizás por eso resististe en las gélidas aguas del lago.

Entonces, la madre de Dembo se adelantó y dijo:

– Sí señor, había una hoguera. Yo misma la encendí para que mi hijo me sintiera cerca. Y ahora, si me permite, le voy a preparar una sopa para que entre en calor.

Entonces, la mujer sacó de una bolsa unas ramitas y prendió una pequeña hoguera, y sacó un cazo con agua y lo colocó en el suelo, apartado de la hoguera.

– Pero mujer- dijo el monarca entonces- ¿Cómo vas a calentar el agua si no lo colocas encima del fuego?

– Cierto- contestó la madre de Dembo- Entonces... ¿cómo iba a sentir mi hijo el calor de una hoguera que estaba tan lejos?

El monarca asintió y dijo:

– Esta mujer tiene razón. Su hijo será el nuevo rey, porque no tengo ninguna duda de que si su madre le ha sabido educar con tanta sabiduría, sabrá gobernar con rectitud el país.

Y todos le dieron la razón.

15. La liebre y el cocodrilo

‘Nubecita’, la hermana de Liebre, se casó con Cocodrilo, y se fue a vivir en una isla que había en medio del lago en donde vivían todos los cocodrilos.

Resulta que a Liebre le encantaba comer huevos y Cocodrilo ponía muchos huevos y los iba guardando en el granero. Pero Liebre eso no lo sabía...

Un día, Liebre fue a visitar a su hermana. Le recibieron con mucha alegría. Pero ‘Nubecita’ y Cocodrilo tenía que salir al campo a trabajar, y Liebre, que se quedó sola en la casa, se puso a curiosear. ¡Y qué maravilloso espectáculo vio al abrir la puerta del granero! No podía creerlo... ¡tantos huevos tan grandes y amarillos para él!

No pudo reprimir su instinto, y se puso a comer huevos como un loco. Claro, que enterró las cáscaras para que no se notara nada... Y por la noche, cuando su hermana hizo la cena, Liebre no podía comer nada. ¡Estaba lleno!

Al día siguiente ocurrió lo mismo... y al siguiente del siguiente. Así, hasta que Liebre anunció que tenía que regresar a su casa.

– Está bien, yo te llevaré- dijo Cocodrilo- Pero antes voy a echar un vistazo a mis huevos...

– ¿Tus huevos?

– Sí, tengo muchos... ¡75! Y los guardo en el granero. Voy a contarlos.

– Espera, espera, que voy contigo- dijo Liebre, que se dio cuenta de que se había metido en un buen lío- ¡Deja que los cuente yo! ¡Se me dan muy bien los números!

Cocodrilo estuvo de acuerdo, y se quedó en la puerta mientras Liebre contaba. Solo quedaba un huevo, pero Liebre comenzó a contar y se iba cambiando de sitio en el granero para que pareciera que cambiaba de zona por la cantidad de huevos que había:

– Sesenta y seis, sesenta y siete... setenta, setenta y uno... ¡setenta y cinco! ¡Ya está! ¿Estás todos?- preguntó haciéndose el ingenuo Liebre.

– ¡Sí, son los que tengo, 75!- respondió Cocodrilo satisfecho.

– ¿Y cómo es que los tienes contados?- preguntó Liebre.

– No querrás que no conozca a cada uno de mis hijos... – respondió Cocodrilo.

– Vaya... Ahora será mejor que me lleves a casa- dijo Liebre, quien se despidió rápidamente de su hermana.

Pero cuando iban ya Cocodrilo y Liebre por la mitad del lago, ‘Nubecita’ fue a contar los huevos al granero, y vio que solo había uno. Entonces, gritó con todas sus fuerzas a orillas del lago:

– ¡Cocodrilo, que Liebre se ha comido los huevos! ¡Tíralo al lago!

Pero Cocodrilo era un poco sordo y hacía un poco de viento, y dijo:

– ¿Qué dices? ¡No te oigo!

– Yo sí lo oigo, Cocodrilo- dijo Liebre- Dice mi hermana que viene viento muy fuerte, que nades más deprisa para que no nos pille.

Y Cocodrilo nadó más deprisa y dejó a Liebre en la orilla. Al regresar, se dio cuenta de lo que había pasado, pero ya no pudieron encontrar a Liebre, porque se había ido de allí muy lejos para instalarse en un nuevo hogar.

16. El cangrejo y su hijo

Vivían en la orilla de un río y bajo la protección de una enorme roca, mamá cangreja, papá cangrejo y su numerosa prole de cangrejitos. Y era una familia muy feliz. Los padres se desvivían en la educación de sus hijos. Les enseñaban a cazar y a pescar, pero todos tenían un pequeño defecto que molestaba mucho a papá cangrejo: andaban de costado. Y él soñaba con que al menos su hijo mayor, Cangrejo Mukulo, se librara de esa tara y se convirtiera en un cangrejo perfecto.

Estaba tan obsesionado papá cangrejo, que a menudo despertaba a su mujer por la noche para decirle:

– ¿Te has fijado en que también Mukulo camina de costado?

– Sí, querido- contestaba con resignación mamá cangrejo- ¿Y qué quieres? Nosotros también...

Papá cangrejo se esforzaba en pedir una y otra vez a su hijo que caminara derecho, con la cabeza bien alta:

– ¿Te has fijado en cómo lo hacen los demás animales, Mukulo? Mira cómo nadan los peces, en línea recta, y hasta las arañas... Realmente, hijo, serías el mejor cangrejo de todo el río si consiguieras andar de frente. Para mí sería un gran honor y tú te convertirías en el cangrejo más listo y honesto.

Pero Mukulo, por más que lo intentaba, siempre terminaba andando de costado.

– Lo intento, papá, pero no sé caminar de otra forma...- decía el pobre cangrejito.

Y papá cangrejo le repetía el mismo discurso toodos los días. Se lo recordaba cuando pescaban, cuando cazaban, cuando descansaban bajo la roca. Pero Mukulo seguía andando de lado igualmente.

Cansado ya de no obtener resultados, papá cangrejo le dijo a su hijo un día:

– Está bien, voy a dejar de regañarte. Te enseñaré a caminar recto.

Y le pidió a su hijo que le acompañara a la orilla. Allí, empezó a darle indicaciones y le pedía que caminara una y otra vez en línea recta. El resto de cangrejitos se divertía observando la lección de su padre, sin entender muy bien. Pero se habían colocado en un buen lugar para ver el espectáculo, y reían sin parar cada vez que su hermano empezaba a caminar de costado y papá cangrejo gritaba con su imponente vozarrón:

– ¡Así no! ¡Hacia delante!

Los cangrejitos, como eran muy pequeños, no entendían de disimulos, y reían con todas sus fuerzas. Tanto, que su hermano mayor, humillado, se cansó de repetir una y otra vez lo mismo, y dijo a su padre:

– Está bien, no sé hacer lo que me pides. Pero si me enseñas cómo lo haces tú, tal vez pueda imitarte.

Papá cangrejo no tuvo otra que intentarlo, para no quedar mal delante de su hijo. Pero por más que lo intentaba una y otra vez, no era capaz de caminar de frente.

– ¿Ves?- protestó su hijo mayor- No me pidas algo que ni tú mismo eres capaz de hacer.

Y dicho esto, se alejó de allí alegremente, caminando, por supuesto, de costado.

Desde entonces, todos los cangrejos andan de lado y no se volvieron a plantear la necesidad de cambiar su forma de caminar.

17. El hombre y el cocodrilo

Un día, un cocodrilo decidió tomar el sol lejos del río. Se desató un terrible incendio en la selva y el cocodrilo, aturdido por el humo, se desorientó y terminó deambulando de un lado a otro sin rumbo fijo. Días después, hambriento y muy cansado, se encontró con un hombre.

– ¡Ayudaaa!- gritó el cocodrilo.

– ¿Qué te pasa?- preguntó el hombre. – Llevo días sin comer ni beber porque estoy desorientado y no sé dónde está el río.

– Está bien, yo puedo ayudarte. Entra en este saco que tengo para poder llevarte sobre mis hombros.

El animal, que no tenía ninguna otra opción, entró en el saco, y el hombre lo llevó hasta el río. Entró en el agua y con cuidado dejó allí al animal. Pero cuando iba a salir, notó que el cocodrilo le mordía el pie.

– ¿Qué haces, cocodrilo? ¿Así vas a pagar mi buena acción? Hubieras muerto de dejarte allí donde te encontré...

– Sí, pero hace mucho que no como, y me muero de hambre. ¿Dónde está escrito que tenga que pagar con una buena acción otra buena acción?

– No está escrito, pero todos los animales lo saben... Pregunta y ya verás.

– Está bien, preguntaré a los animales que vengan hasta aquí.

Y según terminaba de decir esto, una yegua anciana se acercó a beber al río.

– Dime, yegua, ¿es verdad que las buenas acciones deben pagarse siempre con otra buena acción?

– Bueno, yo no creo que sea así- dijo la yegua- Mis amos me echaron a patadas de mi hogar en cuanto fui demasiado vieja y dejé de tener potrillos...

El hombre protestó:

– Es un caso muy particular, eso no es así normalmente...

Entonces se acercó al río una vieja mula.

– Y tú, mula- dijo el cocodrilo- ¿Crees que las buenas acciones siempre se pagan con una buena acción?

– ¡Ja, ja, ja! Más quisiera yo... Durante toda mi vida estuve trabajando para el hombre y ahora que ya no puedo cargar peso porque estoy enferma, me ha abandonado. Así que no creo que eso sea una ley, la verdad...

El cocodrilo ya se relajaba pensando en la carne del hombre cuando apareció una simpática y astuta liebre dando pequeños saltos.

– Espera, cocodrilo, tomemos la tercera y última opinión...

– Está bien. A ver, liebre, este hombre que estaba pescando en el río dice que no puedo comerle, que es una injusticia.

– Eso no es cierto- dijo el hombre- Encontré al cocodrilo en mitad del campo, desorientado, y me pidió ayuda. Le llevé metido en un saco sobre mis hombros hasta el río y ahora quiere pagar el bien que le hice devorándome...

La liebre dijo entonces:

– No sé yo si dices la verdad, hombre... ¿Cómo puede caber el cocodrilo en tu saco? Necesitaría verlo para creerlo... A ver, cocodrilo, entra en el saco. Si sale un poco la cola es que no cabes y el hombre miente.

El cocodrilo decidió entonces entrar asegurándose que quedaba un poco de cola fuera para inculpar al hombre, pero cuando ya estaba dentro, la liebre le dijo en bajo al hombre:

– Corre, ata el saco y llévate al cocodrilo para comer. Si premias mi buen acto, podrías invitarme al festín.

Y así hizo el hombre, quien no dudó en invitar al animal que le acababa de salvar. Cuando llegó a su casa, dijo a la liebre que se quedara afuera un momento. Al entrar, vio a su hijo enfermo, tendido en la cama, y al curandero, que dijo al verlo:

– ¡Menos mal que vienes! Corre, necesito urgentemente dos cosas para curar a tu hijo: sangre de cocodrilo y sesos de liebre.

El hombre le dio el saco y dijo:

– Aquí tienes la sangre de cocodrilo. Espera que salgo un momento y te traigo lo otro...

Pero cuando salió, ya no pudo encontrar a la liebre. Era tan precavida, que se había asomado para escuchar lo que decían y al oírlo, había salido corriendo.

18. Una pelea de lagartos

Cuentan que hace mucho, en un pequeño poblado de Mali, vivía un hombre en una propiedad en donde había conseguido crear una granja. Tenía varios animales: un perro, un gallo, un caballo, una cabra y un buey. Y junto a su vivienda había construido una pequeña cabaña para su abuela, una mujer muy anciana que apenas podía salir ya de la cama.

La familia tuvo que partir un día para acudir al funeral de un hombre muy importante de un pueblo cercano. Antes de salir, el amo dijo al perro:

– Perro, serás el guardián de la casa en mi ausencia. Tiéndete en la puerta y vigila bien que no suceda nada. No te muevas. Si notas algo extraño, manda a otros animales para que lo solucionen.

La familia se fue y el perro hizo lo que le dijo su amo. A la mañana siguiente, oyó un ruido que venía de la choza en donde descansaba la anciana. Al ver pasar al gallo, le preguntó:

– Dime, gallo, ¿qué es ese ruido?

– Ah, no son más que dos lagartos discutiendo por una mosca muerta.

– Ve y diles que dejes de discutir, que hacen mucho ruido y la abuela está enferma. Seguro que le molesta.

– ¿Yo? ¿Y por qué tengo que ir yo por dos estúpidos lagartos? Tengo que buscar mi hijo esta mañana, que me levanté con hambre...

Y diciendo esto, el gallo se alejó sin hacer caso al perro. Lo intentó entonces con otros animales, pero ninguno quería obedecer: el caballo dijo ser de pura sangre y que no era menester de alguien de tanta categoría mediar entre dos estúpidos lagartos... Por su parte, el buey pensó que era una soberana tontería preocuparse por algo así, y la cabra se estiró toda orgullosa y amenazó al perro con lanzarle una coza si volvía a insinuarle que fuera a mediar entre los lagartos.

– Hazlo tú si tanto te importa- le respondió.

El perro, resignado, apoyó el hocico en las patas delanteras y resopló. ¿Cómo iba él a abandonar su puesto de mando para poner paz entre dos simples lagartos?

Pero de pronto, los lagartos, que se habían enzarzado más y más en la disputa, empezaron a pelear y uno de ellos cayó sobre la lámpara de aceite que la abuela tenía junto a la cama. La colcha comenzó a arder, y a pesar de que los vecinos llegaron lo antes que pudieron al ver el fuego, la mujer ya estaba muy malherida.

Uno de los vecinos decidió ir en busca del dueño de la casa, para ver si podía traerle de vuelta antes de que la mujer muriera. Para ello montó en el caballo y no le dejó descansar en todo el camino. Montó en la grupa al hombre y juntos regresaron a toda velocidad. El caballo, al llegar a la granja, cayó muerto de cansancio.

La anciana ya había fallecido, y el curandero había matado al gallo para ofrecerlo en sacrificio.

Justo en el momento del entierro, sacrificaron a la cabra en memoria de la anciana y también tuvieron que matar al buey para dar de comer a todos los vecinos que habían acudido al entierro.

Y así fue cómo una pequeña disputa sin importancia terminó en tragedia.

19. La grulla coronada y la rana

Hace mucho, en la selva, el rey quiso encontrar esposa entre todos los animales. Por eso, reunió a todos y dijo:

– Me hago mayor y necesito encontrar compañera para el resto de mis días. Escogeré a aquella que me traiga el mejor regalo.

¡Menudo revuelo se organizó entre todas las presentes! ¿Quién no quería ser reina? Las monas daban saltos, intentando encontrar la banana más jugosa. Las elefantas corrieron en busca de las mejores hierbas.

La grulla, la más hermosas de las allí presentes, se miró en el agua limpia del lago, y al contemplar el reflejo, pensó:

– ¿Qué mejor regalo que mi belleza?

Así que pensó en presentarse ante el rey sin más, con su belleza y una corona que se puso para indicar que debía ser la reina. El rey admiró su propuesta. La grulla se estiraba bien orgullosa, segura de ser la elegida. Ningún otro animal podía hacerle sombra. Y sí, en verdad era la grulla un animal muy hermoso... pero de pronto, y en el último momento, llegó la rana, dando pequeños saltos y arrastrando un enorme recipiente lleno del agua más pura que jamás se había visto.

La rana llegó sudando, pues había recorrido un buen trecho hasta el manantial que nace de las montañas. Y lo había recorrido el camino de vuelta con una gran carga. El rey observó al pequeño animal, que ciertamente, no era hermoso, pero vio el esfuerzo dedicado, el agua tan limpia que había traído, y no tuvo ninguna duda. La verdadera belleza, pensó el rey, reside en el interior.

– La rana será mi esposa. No hay corazón más bello y generoso- dijo el monarca.

Y en unos días, se celebró el enlace por todo lo alto.

20. Las hienas que huían del hambre

Hace mucho tiempo, hubo un año especialmente duro en la Sabana africana. Las nubes se cerraron de tal forma que no caía ni una gota de agua. La tierra se agrietó, las plantas comenzaron a morir. Los animales herbívoros terminaron sucumbiendo por falta de agua y alimento. Y los animales carnívoros pronto se quedaron sin alimento.

Ese año fue tan duro en aquel lugar, que solo quedó con vida una familia de hienas, formada por una pareja y su cría. Ante ese panorama, decidieron huir de allí, en busca de otro lugar en donde encontrar alimento.

Caminaron mucho bajo el ardiente sol y la madre no tardó en morir. Fue alimento para las otras dos hienas. Gracias a su carne, lograron resistir algunos días más. Pero no encontraban agua ni más alimento.

El padre hiena entonces miró a su hijo. No había otra salida para él. Entonces, le llamó y le dijo:

– ¿Sabes, hijo, que el Dios de todas las cosas es capaz de transformar a un animal en otro? Lo sé porque lo estoy viendo... Tú ya no tienes ojos de hiena, sino de cordero. ¡Ya no eres una hiena!

La cría de hiena se asustó. Empezó a sospechar las intenciones de su padre:

– ¡Eeeeh! ¡Pero padre! ¡Soy tu hijo! ¿Cómo podría convertirme en una oveja?

– Acabas de darme la razón. ¡Has balado como una oveja! Te daré tu merecido por haberte apropiado del cuerpo de mi hijo.

Y sin más, el padre hiena se abalanzó sobre su hijo y lo devoró.

De ahí el famoso dicho que dice que el hambre, no contenta con echar a la hiena de su hogar, le hace devorar a su hijo.



SINGLESTORY

Collating digital narratives to raise awareness
of the rich cultural heritage of African Nations



Co-funded by the
Erasmus+ Programme
of the European Union

"The European Commission's support of this publication does not constitute an endorsement of the contents, which reflect the views only of the authors, and the Commission can not be held responsible for any use which may be made of the information therein." Project Number: 2020-1-FR01-KA227-ADU-095130